



Seix Barral Biblioteca Breve

---

# Virginia Woolf

## Cuentos completos

Traducción de: Colectivo Barbárika

Ilustraciones de: Daniela Cuervo González

---

## CUENTOS COMPLETOS



## LA MARCA EN LA PARED

Quizás fue a mediados de enero de este año cuando por primera vez levanté la vista y vi la marca en la pared. Para precisar una fecha es necesario recordar lo que uno vio. Así que ahora pienso en la lumbre; en la continua película de luz amarilla sobre la página de mi libro; en los tres crisantemos en el tazón de vidrio sobre la cornisa de la chimenea. Sí, con toda seguridad fue en invierno, y acabábamos de terminar el té, porque recuerdo que fumaba un cigarrillo cuando levanté la vista y vi la marca en la pared por primera vez. Levanté la vista a través del humo del cigarrillo y mi mirada se posó por un instante en las brasas incandescentes, y me vino a la mente aquella vieja fantasía de la bandera carmesí que ondeaba en la torre del castillo; y pensé en el desfile de caballeros rojos que remontaba la ladera de la roca negra. Para mi alivio, la imagen de la marca interrumpió la fantasía, pues se trata de una vieja fantasía, una fantasía inconsciente, creada en la infancia tal vez. La marca era una marquita redonda, negra sobre la pared blanca, a unas seis o siete pulgadas sobre la cornisa de la chimenea.



---

Con qué facilidad nuestros pensamientos se arremolinan en torno de un objeto nuevo, levantándolo un poquito, como hormigas que cargan una brizna de paja con gran frenesí, para luego abandonarla... Si una puntilla hizo esa marca, no pudo haber sido para un cuadro, más bien para una miniatura: la miniatura de una dama de blancos rizos empolvados, mejillas recargadas de rubor y labios rojos como claveles. Una falsificación, por supuesto, porque las personas que tenían esta casa antes de nosotros habrían escogido los cuadros de esa manera: un cuadro antiguo para una habitación antigua. Eran ese tipo de personas: personas muy particulares, y con mucha frecuencia me los imagino en lugares demasiado insólitos, porque nunca los volveremos a ver, nunca sabremos qué pasó después. Querían irse de esta casa porque deseaban cambiar el estilo del mobiliario, según él, y estaba en proceso de decir que, en su opinión, el arte debía tener ideas que lo sustentaran cuando nos separaron de repente, como cuando a uno lo apartan de la anciana a punto de servir el té y del joven a punto de golpear la pelota de tenis en el jardín trasero de la villa suburbana cuando pasa a toda prisa en el tren.

Pero en cuanto a esa marca, no estoy segura; después de todo no creo que la haya hecho una puntilla; es demasiado grande, demasiado redonda para eso. Podría levantarme, pero si me levantara y la mirara, apuesto diez a uno a que no podría asegurarlo; porque una vez que algo ocurre, nadie sabe nunca cómo sucedió. ¡Ay!, pobre de mí, el misterio de la vida. ¡La inexactitud del pensamiento! ¡La ignorancia de la humanidad! Para mostrar cuán escaso control tenemos de nuestros bienes —qué asunto tan impredecible es este vivir, a pesar de toda

---

nuestra civilización—, permítanme tan solo citar algunas de las cosas perdidas en el lapso de una vida, comenzando por la que siempre parece la más misteriosa de las pérdidas: ¿qué gato roería, qué rata mordisquearía tres latas azul pálido de herramientas de encuadernación? Luego fueron las jaulas de los pájaros, los aros de hierro, los patines de acero, la carbonera Queen Anne, el tablero de bagatela, el organillo: todo ha desaparecido, y también las joyas. Los ópalos y esmeraldas yacen junto a las raíces de los nabos. ¡Qué asunto tan desgastante es este sin duda! Lo sorprendente es que tenga ropa encima, que esté sentada en medio de muebles sólidos en este instante. Pues, si uno quiere comparar la vida con algo, debe equipararla con ir disparado a través del *Tube* a cincuenta millas por hora, para aterrizar al otro extremo ¡sin un solo gancho en el pelo! Arrojada a los pies de Dios ¡totalmente desnuda! Rodando patas arriba en los campos de asfódelos ¡como paquetes de papel marrón lanzados a un buzón de la oficina de correos! Con el pelo al viento como la cola de un purasangre. Sí, eso parece describir la celeridad de la vida, el desperdicio y la reparación perpetuos; todo tan pasajero, tan fortuito...

Sin embargo, es la vida. La lenta destrucción de los gruesos tallos verdes para que el cáliz de la flor, a medida que gira, nos inunde de luz púrpura y roja. ¿Por qué, después de todo, no debería uno nacer allá como nace aquí: indefenso, sin habla, incapaz de enfocar la mirada, buscando a tientas en las raíces del pasto, cerca de los dedos de los pies de los Gigantes? En cuanto a decir cuáles son árboles, y cuáles son hombres y mujeres, o si existen tales cosas, no estaremos en condiciones de hacerlo por cin-

---

cuenta años o algo así. No habrá más que espacios de luz y oscuridad, atravesados por gruesos tallos, y un poco más arriba tal vez, manchas en forma de rosa de color indefinido —rosas y azules tenues—; a medida que el tiempo pase, se volverán más nítidos, se convertirán... No sé en qué...

Y no obstante, esa marca en la pared no es un agujero en absoluto. Incluso es posible que se deba a un elemento negro y redondo, como un petalito de rosa que quedó del verano, y yo, que no soy un ama de casa muy diligente, observo el polvo sobre la cornisa de la chimenea como si fuera el polvo que, según dicen, sepultó Troya tres veces, solo fragmentos de cerámica que se resisten con terquedad a la aniquilación total, como es de suponerse...

Afuera de la ventana el árbol golpea con suavidad el vidrio... Quiero pensar en silencio, con calma, a mis anchas, sin que me interrumpan, sin tener que levantarme de la silla, para deslizarme con facilidad de una cosa a otra, sin sensación alguna de hostilidad u obstáculo. Quiero sumergirme más y más profundamente, lejos de la superficie, con sus hechos complejos y aislados. Para enfocarme, permítanme asirme de la primera idea que pasa... Shakespeare... Sí, servirá como cualquier otra. Un hombre que solía sentarse en un sillón y miraba el fuego, así que un diluvio de ideas caía sin cesar desde algún Paraíso muy elevado hasta su mente. Apoyaba la frente en la mano y la gente, que miraba por la puerta abierta, pues se supone que esta escena ocurre un atardecer de verano... ¡Pero qué aburrido es esto, esta ficción histórica! No me interesa en absoluto. Quisiera dar con un sendero agradable de pensamientos, un sendero que de manera indirecta me restituyera el prestigio, porque



un sendero agradable de pensamientos

---

esos son los pensamientos más agradables y muy frecuentes incluso en la mente de gente modesta color ratón, que cree de veras que le disgusta escuchar que la alaben. No son pensamientos que nos elogien de forma directa; esa es su belleza; son pensamientos como este:

«Y entonces entré a la habitación. Debatían sobre botánica. Dije que había visto crecer una flor entre un montón de polvo en el predio de una antigua casa en Kingsway. La semilla, dije, debieron sembrarla en el reinado de Carlos I. ¿Qué flores crecían en el reinado de Carlos I?», pregunté, (pero no recuerdo la respuesta). Flores altas con flecos morados, tal vez. Y así paso a paso. Todo el tiempo embellezco la imagen de mí misma en mi propia mente, con cariño, a escondidas, en lugar de adorarla sin tapujos pues, si lo hiciera, debería reconocer mi falta y enseguida extendería la mano hacia un libro para protegerme. De hecho es curioso cómo protegemos de manera instintiva nuestra propia imagen de la idolatría o de cualquier otra manipulación que pueda volverla ridícula, o demasiado diferente de la original para no dejar de creer en ella. ¿O no es tan curioso después de todo? Es un asunto de suma importancia. Supongamos que el espejo se hace añicos, la imagen desaparece y la figura romántica con el verde de las profundidades del bosque alrededor ya no está allí, sino solo aquel cascarón de persona que los demás ven; ¡qué sofocante, trivial, insulso, avasallador se vuelve el mundo! Un mundo invivible. Cuando nos miramos cara a cara en los ómnibus y trenes subterráneos, nos miramos en el espejo que evidencia la indefinición, el brillo glacial, en nuestros ojos. Y en el futuro los novelistas serán conscientes cada vez más y más de la importancia de estas reflexio-



---

nes, ya que por supuesto no existe una reflexión sino un número casi infinito; esas son las profundidades que explorarán, esos los fantasmas que perseguirán, cuando omitan cada vez más la descripción de la realidad de sus historias, al dar por sentado que la conocen, como hicieron los griegos y Shakespeare tal vez; pero estas generalizaciones no tienen ningún valor. El sonido militar de la palabra es suficiente. Evoca los editoriales, los ministros del gabinete; toda una clase de cosas que en la infancia considerábamos en efecto como la cosa en sí, la cosa normal, la cosa real, de la que no podemos apartarnos excepto a riesgo de una maldición innombrable. Las generalizaciones evocan de alguna manera los domingos en Londres, las caminatas vespertinas del domingo, las meriendas dominicales y también la forma de referirse a los muertos, la ropa y las costumbres; como la costumbre de sentarse todos juntos en una habitación hasta determinada hora, aunque a nadie le gustara. Había una regla para todo. La regla de los manteles en ese período específico era que debían ser de paño con cuadritos amarillos en relieve, como puede verse en fotografías de las alfombras de los corredores de los palacios reales. Los manteles de otro tipo no eran manteles en realidad. Cuán impactante, y aun así maravilloso, fue descubrir que estas cosas reales, las meriendas del domingo, las caminatas dominicales, las casas de campo y los manteles no eran del todo reales, eran sin duda apenas quimeras, y la condena que amargaba a quien no creía en ellas era tan solo una sensación de libertad ilegítima. Me pregunto: ¿qué ocupa ahora el lugar de esas cosas, de esas cosas reales y convencionales? Los hombres tal vez, si eres mujer; el punto de vista masculino que gobierna nuestras vidas,

---

que define las normas, que establece la tabla de jerarquías de Whitaker que se ha convertido, supongo, desde la guerra en apenas una quimera para muchos hombres y mujeres; que pronto, cabe esperar, se lanzará al basurero del olvido adonde van las quimeras, los aparadores de caoba y los cuadros de Landseer, dioses y demonios, infierno y demás, dejándonos a todos con una embriagadora sensación de libertad ilegítima; si la libertad existe...

Bajo cierta luz esa marca en la pared parece más bien sobresalir de la pared. Tampoco es del todo circular. No puedo asegurarlo, pero parece proyectar una sombra perceptible, lo que sugiere que si deslizara el dedo por esa zona de la pared, en cierto punto subiría y bajaría por un pequeño montículo, un montículo suave como esos túmulos en los South Downs que, según dicen, son tumbas o campamentos. De los dos preferiría que fueran tumbas, por esta tendencia melancólica como la de la mayoría de los ingleses, y me parecería natural al final de una caminata pensar en los huesos esparcidos bajo el pasto... Debe haber algún libro al respecto. Algún anticuario debió desenterrar y etiquetar esos huesos... ¿Qué clase de hombre es un anticuario?, me pregunto. Coroneles retirados en su mayoría, me atrevería a decir, que dirigen grupos de trabajadores ya entrados en años hasta esa cima, que examinan montones de tierra y piedra y entablan correspondencia con el clero vecino y que, al abrirla a la hora del desayuno, les da una sensación de importancia, y el cotejo de las puntas de flecha les exige viajes a través del país hacia los pueblos del condado, exigencia conveniente tanto para ellos como para sus ancianas esposas que desean hacer mermelada de ciruela o limpiar el estudio, y se llenan de razones para

---

mantener en eterno suspenso esa gran incógnita del campamento o la tumba, mientras el propio coronel se siente bastante filosófico al acumular pruebas a favor de ambos lados de la cuestión. Lo cierto es que en definitiva se inclina más por el campamento; y al verse refutado, redacta un panfleto que está a punto de leer en la reunión trimestral de la sociedad local cuando un ataque lo fulmina, y sus últimos pensamientos conscientes no se refieren a su esposa ni a su hijo, sino al campamento y a esa punta de flecha que ahora está en la vitrina del museo local junto al pie de una asesina china, un puñado de clavos isabelinos, numerosas pipas Tudor de arcilla, un trozo de cerámica romana y la copa de vino de la que Nelson bebió para probar no sé qué en realidad.

No, no, no hay pruebas de nada, nada es seguro. Y si me levantara en este mismo instante y aclarara lo que en realidad es la marca en la pared —¿qué diríamos?—: la cabeza de una enorme puntilla vieja, clavada hace doscientos años, que ahora, debido al constante roce de muchas generaciones de criadas, asomó la cabeza por encima de la capa de pintura y contempla por primera vez la vida moderna en la escena de una habitación de paredes blancas iluminada por el fuego, ¿qué ganaría?, ¿conocimiento?, ¿pretexto para más especulaciones? Puedo pensar tanto si me quedo sentada como si me pongo de pie. ¿Y qué es el conocimiento? ¿Qué son nuestros eruditos sino los descendientes de hechiceras y ermitaños que se agazapaban en cuevas y bosques a cocinar hierbas, interrogar musarañas y registrar el lenguaje de las estrellas? Y cuanto menos los honramos más disminuyen nuestras supersticiones y aumenta nuestro respeto por la belleza y la salud mental...

---

Sí, podríamos imaginar un mundo muy placentero. Un mundo tranquilo, espacioso, con flores bien rojas y azules en los campos al aire libre. Un mundo sin profesores ni especialistas ni amas de llaves con perfil de policía, un mundo que podríamos surcar con nuestro pensamiento como el pez surca el agua con su aleta, rozando los tallos de los nenúfares que cuelgan suspendidos sobre nidos de blancos huevos marinos... Qué tranquilidad hay allá abajo, anclada en el centro del mundo y con la mirada alzada a través de las aguas grises, de repentinos destellos y reflejos, —si no fuera por el almanaque de Whitaker— ¡si no fuera por la tabla de jerarquías!

Debo levantarme enseguida y ver con mis propios ojos qué es en realidad esa marca en la pared: ¿una puntilla, un pétalo de rosa, una fisura en la madera?

He aquí una vez más la naturaleza en su viejo juego de supervivencia. Percibe que este tren de pensamientos implica un total desperdicio de energía, incluso una colisión con la realidad, pues ¿quién se atrevería a levantar un dedo contra la tabla de jerarquías de Whitaker? Al arzobispo de Canterbury le sigue el Lord Gran Canciller; al Lord Gran Canciller le sigue el arzobispo de York. Todos siguen a alguien, tal es la filosofía de Whitaker; y lo que importa es saber quién sigue a quién. Whitaker lo sabe y deja que eso, como aconseja la naturaleza, nos consuele en lugar de enfurecernos; y si no encontramos consuelo, si tenemos que arruinar este momento de paz, pensamos en la marca en la pared.

Comprendo el juego de la naturaleza: su impulso para entrar en acción como estrategia para acabar con cualquier pensamiento que implique emoción o sufrimiento. De ahí,

---

supongo, surge nuestro leve desdén por los hombres de acción: hombres que, lo damos por sentado, no piensan. No obstante, no hay nada de malo en poner punto final a nuestros desagradables pensamientos al mirar una marca en la pared.

De hecho, ahora que fijé mis ojos en ella, siento que he logrado asirme a un tablón en altamar; percibo una gratificante sensación de realidad que convierte enseguida a los dos arzobispos y al Lord Gran Canciller en sombras de fantasmas. He aquí algo definitivo, algo real. Así, al despertarnos de un sueño de terror a medianoche, encendemos de prisa la luz y yacemos inmóviles y veneramos la cómoda, veneramos la solidez, veneramos la realidad, veneramos el mundo impersonal que es la prueba de una existencia diferente a la nuestra. Eso es lo que deseamos tener por seguro... La madera es algo agradable en qué pensar. Proviene de un árbol; y los árboles crecen y no sabemos cómo crecen. Por años y años crecen, sin prestarnos atención, en los campos, los bosques y a la orilla de los ríos; todas las cosas en las que nos gusta pensar. Las vacas abanicán la cola debajo de ellos en las tardes calurosas; pintan los ríos tan verdes que cuando una gallineta se sumerge esperamos ver sus plumas todas verdes cuando vuelva a salir. Me gusta pensar en los peces suspendidos en la corriente como banderas desplegadas; y en los escarabajos acuáticos que saquean poco a poco los domos de lodo en el lecho del río. Me gusta pensar en el propio árbol: primero en la entrañable sensación de sequedad de la madera; luego en el rechinar de la tormenta; después en el lento y delicioso fluir de la savia. Me gusta pensar en él, también, en las

---

noches de invierno, erguido en el campo vacío con todas las hojas enrolladas, sin nada tierno expuesto a las balas de hierro de la luna, un mástil desnudo sobre una Tierra que da tumbos y tumbos toda la noche. El canto de las aves debe sonar muy fuerte y extraño en junio; y cuán fríos deben sentirse los pies de los insectos sobre él, mientras avanzan con esfuerzo por los surcos de la corteza, o se asolean sobre el fino toldo verde de las hojas y miran al frente con ojos rojos en forma de diamante... Una tras otra las fibras se quiebran bajo la inmensa y fría presión de la tierra, luego llega la última tormenta y, al caer, las ramas más altas vuelven a clavarse en el suelo. Aun así, la vida no ha acabado con él; todavía le quedan un millón de pacientes vidas vigilantes al árbol, en todo el mundo, en dormitorios, en barcos, en aceras, revistiendo las salas donde hombres y mujeres se sientan después del té a fumar cigarrillos. Está lleno de pensamientos apacibles, de pensamientos felices, este árbol. Me gustaría tomar cada uno por separado, pero algo se interpone... ¿Dónde estaba? ¿De qué se ha tratado todo esto? ¿De un árbol? ¿De un río? ¿De los Downs? ¿Del almanaque de Whitaker? ¿De los campos de asfódelos? No recuerdo nada. Todo se mueve, cae, se desliza y desvanece... Hay una gran agitación de materia. Alguien está de pie frente a mí y dice:

—Voy a salir a comprar el periódico.

—¿Sí?

—Aunque no sirve comprar periódicos... Nunca pasa nada. Maldita guerra; ¡qué mierda de guerra! De todos modos, no veo por qué debamos tener un caracol en nuestra pared.

¡Ah, la marca en la pared! Era un caracol.